

revista
Trama
cultura y patrimonio

Proyecto premiado por Fondos Concursables para la Cultura | MEC



Trama. Revista de Cultura y Patrimonio
Asociación Uruguaya de Antropología Social y Cultural
Montevideo: AUAS, 2011 - Año 2, n.º 4, 2012

Publicación semestral
ISSN: 1688-6348
/ Antropología social y cultural // Cultura /

Consejo editor: Beatriz Diconca (responsable de contenidos culturales) | Lydia de Souza | Javier Taks | Andrea Bielli | Diego Hernández Nilson | Fernando Acevedo | Victoria Lembo | Imágenes: Gregorio Tabakián | Diseño y armado: Salvador López |

Los conceptos expresados en cada artículo responden exclusivamente al punto de vista de su autor. Se deja constancia de que para esta publicación han sido cedidos los derechos de los autores.

Julio Sosa 4522 - CP 11400
Teléfono de contacto: 094711078
<http://tramarevista.wordpress.com>
trama.revista@gmail.com

Sumario

Editorial **7**

Los artículos

Urbanismo y patrimonio: **13**
De ciudad vieja a casco histórico.
Emilia Abin Gayoso

Patrimonio Inmaterial en la Comisión del **25**
Patrimonio Cultural de la Nación.
Presentación y enfoques.
Karla Chagas, Raquel Georgiadis, Cecilia Pascual

Patrimonio cultural, turismo y desarrollo local. **33**
Estudio piloto en Aiguá.
Laura Brum, Leticia D'Ambrosio, Victoria Lembo

El norte uruguayo no se rinde. **45**
Sentidos y disputas en el proceso de reconversión
de la agroindustria azucarera en Bella Unión.
Silvina Merenson

La entrevista

Entrevista a Nery González **59**
Realizada por Gabriela Campodónico

El norte uruguayo no se rinde.

*Sentidos y disputas en el proceso de
reconversión de la agroindustria azucarera
en Bella Unión.*

Silvina Merenson* (CONICET - IDAES/UNSAM, Argentina)

Este artículo explora el proceso de reconversión de la agroindustria azucarera tras el ingreso de Uruguay en el Mercosur y los sentidos asignados a la integración desde la perspectiva de los actores locales y nacionales que llevaron adelante o dialogaron críticamente con la lucha por la defensa del azúcar nacional. Más específicamente, exploramos los procesos de construcción de sentidos y las disputas en torno a las articulaciones entre los procesos de reconversión, conversión e integración que experimentaron los peludos vinculados a la UTAA entre 1995 y 2000. A partir de ello proponemos que tales procesos indican una transformación del lenguaje y un nuevo formato de para su acción política.

* Silvina Merenson
Doctora en Ciencias
Sociales por la Universidad
Nacional de General
Sarmiento – Instituto de
Desarrollo Económico
y Social (UNGS-IDES).
Argentina

Palabras Clave: Uruguay – Mercosur – agroindustria azucarera

smerenson@unsam.edu.ar

En 1991 Uruguay firmó el Tratado de Asunción y se incorporó formalmente al Mercosur. Tal decisión produjo una fuerte conmoción en la ciudad de Bella Unión. El nuevo esquema exponía su principal actividad económica –la agroindustria azucarera– a la competencia con Brasil, un socio mucho más fuerte en el rubro. Uruguay incluyó entonces el azúcar en su lista

de excepciones, por lo que en principio el ingenio local –CALNU– dispuso hasta fines de 1995 para realizar severos ajustes a cambio de una serie de contribuciones del Poder Ejecutivo.¹ Aunque en 1994 el Acta de Ouro Preto modificó los plazos extendiéndolos hasta el año 2001, para entonces existía un notorio defasaje entre la reducción del área cultivada con caña, la sustitución de materia prima nacional por crudo importado y el proceso de reconversión hacia otros rubros productivos. De este modo, como se dice en Bella Unión, CALNU ajustó pero no reconvirtió y, en consecuencia, hacia mediados de los años 1990 se contaban 3.065 hectáreas ociosas y 435 puestos de trabajo menos que a comienzos de la década.²

Este artículo explora algunos aspectos del proceso de reconversión vinculado a la agroindustria azucarera y los sentidos asignados a la integración en Bella Unión



Caña quemada

desde la perspectiva de algunos de los actores locales y nacionales que impulsaron o dialogaron críticamente con la lucha de lo que entendieron como azúcar nacional. Específicamente nos detendremos en las articulaciones entre los procesos de reconversión, conversión e integración que experimentaron entre 1995 y 2000 los trabajadores azucareros (auto)denominados peludos³. A partir de la acción de su sindicato, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA)⁴, analizaremos los modos en que la polisemia de estos tres términos nativos afirman, entre otras cuestiones, el pasaje de las concepciones clasistas de la identidad a las demandas por la inclusión, en un nuevo formato de la acción política (cf. Segato, 2007).

1 En 1992 el PE instrumentó una serie de mecanismos para la ejecución de exoneraciones y apoyos crediticios. Los proyectos apoyados fueron Greenfrozen, CALAGUA y CALVINOR.

2 Para mayor información sobre el proceso de reconversión véase Correa Alsina (1995) y Díaz Estéves (2009).

3 "Peludo", producto de la analogía con un animal de la zona llamado de este modo, (auto)designa tanto a los actuales como a ex cortadores de caña, a los miembros de sus familias y a quienes aún no habiendo trabajado en el corte, pertenecen al mismo sector sociodemográfico vinculado al trabajo en la tierra.

4 La UTAA, uno de los sindicatos más emblemáticos por la izquierda uruguaya, fue fundado en 1961. Sobre la UTAA y su relación con la izquierda uruguaya véase Merenson (2010).

Reconversión, conversión e integración resultan palabras claves para comprender las continuidades y rupturas operadas sobre el proceso sociopolítico experimentado en Bella Unión. Estos términos no sólo son parte del vocabulario cotidiano de los habitantes de esta ciudad, también son aplicables a diferentes procesos y aspectos de sus trayectorias sociales: existen “reconversiones político-éticas” que los muestran en los desplazamientos del “lenguaje de los sentimientos” y el “lenguaje de la clase,” al “lenguaje de la inclusión” (cf. Sigaud, 2004); existen “conversiones religiosas” que los filian con nuevas creencias argumentadas en función de las distintas suertes corridas a partir de la movilización local por la agroindustria; existen “reconversiones productivas” que los indican en nuevas formas de inserción en el mercado laboral y en la estructura social; y existen “procesos de integración” que muestran cómo estas personas se sumaron tanto al proceso de integración regional y, paralelamente, a espacios tales como el sindicato, la iglesia o el templo. En lo que sigue no podremos detenernos con la misma profundidad en cada uno de estos procesos, sin embargo procuraremos indicar la relación existente entre ellos.

LO QUE (RE)CONVIRTIÓ LA INTEGRACIÓN: LA CRISIS DE LA AGROINDUSTRIA AZUCARERA Y LAS PRIMERAS LECTURAS DEL MERCOSUR.

Los registros vinculados a la crisis azucarera de los trabajadores azucareros guardan algunos puntos en común. Brevemente estos relatos indican que un día se tomó la decisión de incorporarse al

Mercosur, que esto implicaba el fin de las medidas proteccionistas y la competencia abierta con Brasil y que, en virtud de ello, quedaba sentenciado a muerte el azúcar uruguayo y, por ende, Bella Unión. Ante tamaña amenaza, sigue este relato, todo Bella Unión se unió como nunca antes, logrando revertir lo que parecía un destino tan fatal como inevitable.

Aún cuando el proceso de reconversión productiva estaba planteado en el horizonte de la agroindustria desde la década de 1980, fue a comienzos de los años 1990 que dejó de ser un dato de la planificación económica que involucraba exclusivamente al Estado y a los productores azucareros, para transformarse en un significativo más abarcador que aglutinó a diversos actores sociales y políticos. Una de las primeras muestras de esta transformación fue la conformación de la Intersectorial de Bella Unión, integrada por diversas fuerzas vivas, políticas, sindicales, religiosas y sociales de la ciudad.

Lo que en un comienzo parecía un conflicto de intereses sectoriales y locales, creado por la marcha de los mercados, se tornó una instancia que, en un nuevo lenguaje que incluyó referencias culturales e identitarias, condensó diversos modos de diseñar las escalas del conflicto y, en un sentido más amplio, las distintas formas de pensar al Uruguay, a los uruguayos y su inserción en el mundo. En esta tarea, términos y conceptos como neoliberalismo, capitalismo salvaje, mercado, productividad, competencia, ciudadanía, desocupación y marginalidad se integraron al vocabulario empleado por el conjunto de los actores involucrados en la Intersectorial para narrar y posicionarse en el conflicto que los encontró definidos, alternativa –y, muchas veces, superpues-

tamente- como trabajadores, bellaunionenses, uruguayos, o como habitantes del verdadero Mercosur. Aquí no podremos detenernos en la discontinuidad que supone el empleo de este vocabulario como emergente de las nuevas formas de protesta social, en cambio observaremos las tensiones y ambigüedades que significó para la militancia sindical de la UTAA.

Hacia mediados de años 1990, la desocupación, hasta entonces prácticamente ausente de la plataforma sindical de la UTAA, pasó a ser el primero de los indicios de la crisis. Sin embargo, el proyecto de integración regional no fue la referencia inmediata y explicativa de esta situación: el Mercosur, en principio, fue descrito como una “excusa” para justificar las medidas de ajuste implementadas por CALNU, luego fue pensado como un desafío para los pueblos y, finalmente, como una amenaza para el Uruguay, como una muestra de su “histórico” y escaso poder de negociación frente a sus vecinos.

Tratándose de Bella Unión, el punto del mapa en el que Uruguay limita territorialmente tanto con Brasil como con Argentina, referirse a la integración resultaba un lugar conocido, tributario y potenciador del “discurso de hermandad” (Grimson, 2000) inmemorial, presente con diferentes intensidades en períodos anteriores. Sin embargo, a mediados de los años ochenta, en el discurso del gobierno, tanto la ubicación geográfica de Bella Unión como su historia política, asumió un plus significativo. En palabras del presidente Sanguinetti, la idea de que **Bella Unión nació con el país mismo, decidiendo la frontera, definiendo su perfil nacional y la propia identidad del país** parecía legitimar el llamado de la integración con nuestros vecinos como vía

para defender la soberanía nacional y el camino de la afirmación de la democracia (El Día, 6-5-1985. El énfasis mío salvo indicación en lo contrario).

Si “la dinámica de homogeneización tiene el contradictorio efecto de crear nuevas formas de diferenciación” (Jelín, 2001: 264), hasta principios de los años 1990, esta idea de integración contribuyó, tanto más que a pensar a los países vecinos, a pensar al propio país, algo fundamental para (re)construir un relato posible sobre la nación. Así es que, en 1991, en una entrevista al diario El País, el director de CALNU se sumaba a esta posición señalando que:

En un mundo cada vez más caracterizado por **la formación de “regiones económicas”** (...), la iniciativa que emprendieron Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay y, quizás, más adelante, Chile, **significará** para un pequeño país como el nuestro un período de profundas transformaciones, siendo necesario **asumir la religión de la calidad total. El Mercosur es un factor de empuje, de impulso, para tratar de conseguir los grandes consensos nacionales que saquen al país y devuelvan ese país del cual nos sentimos orgullosos** (...) El Uruguay de la abundancia (...) **cuando Uruguay era un país fuera de serie en la región** (El País, 5-4-1991).

Hasta comienzos de la década de 1990, la idea “la integración crea nación” resultó un registro compartido en los ámbitos formales de decisión e, incluso, permaneció casi indemne al recambio partidario en el Poder Ejecutivo tras la victoria del Partido Nacional en las elecciones de 1989. Si para

las autoridades de CALNU el Mercosur era una oportunidad para reponer en el horizonte de sentido el "Uruguay Feliz", también constituía una oportunidad para plantear la necesidad de

un relacionamiento obrero-patronal sobre bases diferentes a las actuales. El empresario tiene que entender y convencerse, cada vez más, que las empresas se hacen con los que trabajan. Y los trabajadores tienen que entender, cada vez más, que sin empresas eficaces (...) sus fuentes de trabajo no existirán (El País, 5-4-1991).

Estas últimas palabras, casi como una confesión de parte, se reflejaron en la pérdida de puestos de trabajo que en principio, para los/as peludos, resultó un dato de la realidad tramado entre la naturaleza y el progreso. Si había desocupación en Bella Unión era porque, según podía escucharse en las audiciones radiales del sindicato,

la naturaleza se ha puesto un poco en contra de nosotros, compañeros, ya que debido a las muchas lluvias los trabajos no han comenzado. Pero no solo por la naturaleza, sino también por el progreso, por el avance tecnológico que va desplazando a la fuerza de trabajo (UTAA, Audición radial, 24-11-1990).

En rigor, esta explicación que articula una dimensión imponderable (atribuida a la naturaleza) con los efectos de la cultura (como un campo de intervención y acción racional del hombre), es parte de una lectura de larga data. Este dato no es menor porque, justamente, la crisis de la agroindustria puso en tensión esta oposición. La

desocupación en Bella Unión ya no fue explicada a partir de esta articulación, sino por la fuerza ingobernable de los mercados, por la ley de la selva, donde el más chico se come al más grande. Esto que es el capitalismo salvaje (UTAA, Audición, 9-12-1991). Sin embargo, aún cuando las primeras aproximaciones de la UTAA al conflicto citan el concierto económico mundial, la desocupación que preocupaba al sindicato guardó estrictas referencias locales: si la agroindustria azucarera atravesaba por una crisis era, en primer término, porque la directiva de CALNU realiza gastos excesivos e innecesarios que afectan gravemente a los trabajadores (UTAA, Despidos en CALNU, 1991). Así, en las primeras lecturas de los militantes de la UTAA, no es el Mercosur el responsable de las políticas de ajuste, sino

las patronales que justifican los despidos en la necesidad de prepararse para la integración (...) y aprovechan la oportunidad para destruir a los sindicatos y concentrar más y más riqueza. Rechazamos el argumento de que las medidas de reducción de personal en la industria y las chacras se explique por la entrada de Uruguay en el Mercosur. Las medidas tomadas por Calnu son las que aumentan la explotación de los trabajadores (UTAA, Audición, 15-12-1991).

La militancia de la UTAA interpretó el conflicto en términos de intereses sectoriales antagonicos de modo tal que, el "lenguaje de la clase", continuó resultando válido para definir a sus protagonistas en la escala local y, a partir de ellos, proyectar el escenario nacional. Es así como la crisis de Bella Unión, se presentó como

el reflejo de un país de paradojas injustas, de un país fértil y rico, pero vacío, condenado a la emigración y la miseria; pero también como la oportunidad para luchar por imponer otro modelo que no sea el del país "Banco con playa", como lo definió Galeano (UTAA, Audición, 20-11-1991).

Posiblemente, esta escisión entre las explicaciones para la desocupación y las interpretaciones del proyecto de integración regional pueda explicarse por la necesidad de mantener un margen de negociación en la gestión del conflicto, pero también en virtud de los sentidos locales asignados a la integración. Para los peludos de la UTAA, lo que comenzaba a denominarse integración, resultaba una experiencia cotidiana que antecedía y excedía cualquier acuerdo regional. Haber nacido integrados o considerarse transitados⁵ por el hecho de vivir, comprar, trabajar, asistir a cultos religiosos, a diversos espectáculos culturales y deportivos y tener familiares y amigos que residen en los países vecinos fueron datos de una realidad ahistórica que, rápidamente, enmarcaron las primeras lecturas del Mercosur. En esta lógica, si el Mercosur no constituía "nada nuevo" para ellos, tampoco podía explicar la alarmante desocupación –sí novedosa- en la agroindustria.

Dar cuenta de los aspectos menos felices de lo que aparecía como una "integración de hecho", al menos en esta primera etapa, implicó operar estratégicamente sobre las escalas del conflicto. Sintomáticamente, al mismo tiempo en que denunciaron la creciente y preocupante desocupación apelando al "lenguaje de la clase",

Mate Amargo, el órgano de prensa del MLN-T, publicó un informe sobre Bella Unión que denunció la contratación de mano de obra extranjera como un serio obstáculo para los uruguayos que buscan trabajo en la ciudad (Mate Amargo, 20-6-1990). La nota, que informó sobre la presencia de un campamento integrado por numerosos cañeros uruguayos que no fueron contratados para la zafra, no formó parte de las denuncias del sindicato; tampoco sus registros guardan alguna referencia al tono patriótico presente en los testimonios recogidos por este informe publicado en la prensa del MLN-T, la organización política con la mantenían un vínculo histórico. Cabe preguntarse, entonces, por los márgenes y las escalas posibles –o políticamente viables- de estas primeras lecturas de la crisis y la integración.

Hacia 1992 el tono del conflicto cambió radicalmente. En septiembre de ese año, 12 militantes, entre ellos algunos pertenecientes a la UTAA, iniciaron una huelga de hambre de dos semanas en las puertas de la Catedral de Montevideo. Su consigna fue en defensa de la producción azucarera nacional y los puestos de trabajo. Esta medida, que buscó instalar el conflicto en la capital del país, resultó una innovación para el sindicato, no sólo por el tipo de protesta y el lugar en el que fue llevada a cabo, también por lo que esto significó en términos de representación de sus protagonistas.

La mediación de la iglesia católica contribuyó a una representación particular de quienes fueron referidos como ayunantes. Mientras que las demandas estuvieron destinadas a sensibilizar a la sociedad, el comunicado emitido por el Arzobispado de Montevideo indicó que la iglesia se solidariza con el destino de

⁵ El término "transitados" utilizado por ellos mismos, hace referencia al estar en tránsito entre los tres países.



Cartel Ley cañera

los más pobres y abre el espacio para que de una manera pacífica (...) hagan oír su voz (El Observador, 30-9-1992). Así, en un doble movimiento interpretativo por el que la pobreza resultó la marca distintiva de los ayunantes y la sensibilización social el objetivo de la protesta, el conflicto quedó planteado, más en el terreno social y moral que en el político o sindical. En el privilegio de estas claves, la presentación del conflicto como un problema de toda la sociedad apuntó, antes que a otro interlocutor posible, contra el directorio de CAL-NU, al que se demandó un saneamiento moral (La República, 21-3-1993). Esta última expresión -que refiere la búsqueda de diálogo y un acto de sinceridad (La República, 21-3-1993)- liga en toda su complejidad, moral, cultura, religiosidad y reconversión productiva en tanto, ésta última, sólo se tornaría aceptable en la medida en que, en palabras del cura de Bella Unión,

se respete la cultura de la caña, con toda su idiosincrasia (La República, 21-3-1993). Aunque en el reducto que supone la intersección de la cultura (como tradición y estilo de vida) y la pobreza (como carencia), los peludos de la UTAA guardaron un espacio de enunciación negociado y traducido en y por la mediación de los agentes religiosos.

Desde el fin de la dictadura (1973-1985) el acercamiento de curas, monjas y pastores pentecostales a la movilización social que generó la reconversión productiva pulsó el proceso de socialización de los peludos de la UTAA en las nuevas demandas y expectativas democráticas. Si en el caso de la iglesia católica la relación resultó más evidente, en el caso del rol desempeñado por las diversas denominaciones del pentecostalismo hay que considerar el poder performativo de los cultos que, tanto en la voz de los pastores como

en los testimonios de los fieles, abrevaron en la construcción del yo y en el respeto por la diferencia. Para los peludos de la UTAA, convertirse o reconvertirse en católicos o pentecostales resultó una experiencia que permitió hallar en el espacio sagrado los elementos para experimentar y explicarse el proceso socioeconómico y viceversa. Como ya hemos analizado (Merenson, 2010), los apremios, angustias, o las instancias de superación exitosa de la reconversión productiva fundaron procesos de conversión religiosa. Ahora bien, identificar este vínculo, no está insinuando que la religiosidad en los sectores populares crece en la medida en que lo hacen las crisis sociales o económicas. En este período los militantes de la UTAA no se acercaron a la iglesia católica o los templos pentecostales con mayor o menor desesperación o gratitud con que lo hicieron a otras instancias que involucran a los agentes del Estado y a otros actores políticos y sociales. No es nuestra intención aquí plantear algún tipo de relación causal entre las crisis y las prácticas religiosas de los sectores populares, sino apuntar una hermenéutica nativa que demanda la hiper-relación en la totalidad (Duarte, 1986) y, en virtud de ello, la continuidad entre lo sagrado y lo inmanente que caracteriza su experiencia (Semán, 2006: 35). El punto es que las articulaciones entre los procesos de conversión religiosa y los procesos de reconversión productiva operaron como marco interpretativo y ético común en la lucha por la defensa de la agroindustria.⁶

Cuando en 1993 quedó conformada la mesa representativa de la Intersec-

torial, los ejes del conflicto volvieron a mudar. La mesa se erigió como voz legítima, al mismo tiempo que la crisis de la agroindustria pasó a ocupar las portadas de los principales diarios y periódicos montevideanos. Si hasta entonces, como dijimos, la crisis había permanecido en el terreno del conflicto sectorial involucrando a empresarios y trabajadores, ahora dramatizaba algunos de los aspectos más controvertidos de una década que obligaba a los uruguayos a salir de la siesta para asumir un rol activo en su proyección política hacia el futuro. En esta tarea, Bella Unión, vino a sintetizar una razón para la soberanía, una lucha por la identidad y por el derecho a la vida (Mate Amargo, 24-2-1993). Aunque, para otros, su movilización continuó siendo un ejemplo cabal del retraso que significaba para el país persistir en la obcecada defensa de esta rama, contra lo que indicaba la marcha de los mercados (El Observador, 15-7-1994 y El País, 2-11-1995).

En este contexto, la Intersectorial defendió una propuesta alternativa a la reconversión productiva. Su planteo giró en torno de la diversificación. Diversificarse, en lugar de reconvertirse, consistía en sacarle a la caña otros rubros, además del azúcar, para optimizar los recursos disponibles y crear nuevas fuentes de empleo (La Juventud, 5-3-1993). En la definición de la Intersectorial, llevar a cabo una diversificación que sirva de ejemplo para el departamento y el país suponía un pacto por el que, nosotros como pueblo, nos comprometemos a luchar denodadamente por salvar nuestra zona, pero necesitamos del compromiso político que sea necesario para que este esfuerzo mancomunado sea posible (Intersectorial de Bella Unión, marzo de 1993).

⁶ No podremos detenernos aquí en la evidencia etnográfica, es decir en las trayectorias ético-políticas y religiosas de la militancia de la UTAA que sustenta tal afirmación. Al respecto véase Merenson (2010).

En la tarea de presentar la solución al conflicto como el resultado de una acción recíproca, la inminencia del “arancel cero” que comenzaría a regir en 1995 y la carrera electoral hacia las elecciones de 1994 colaboraron con creces, transformándose en uno de los ejes de las campañas partidarias. La guerra del azúcar enfrentó las posiciones de los principales candidatos a la presidencia: Sanguinetti y Vázquez dieron inicio a sus campañas en el departamento de Artigas. El primero defendió el proceso de reconversión productiva iniciado durante su presidencia, como la expresión de progreso y pujanza, como el testimonio de fe que le dijo al país que era posible salir de la estancia cimarrona y llamó a acompañarlo desde el Estado, con créditos y tecnología (Encuentro del Norte, 23-4-1994). El segundo se pronunció a favor del proyecto de diversificación que recientemente había sido presentado por la Intersectorial ante el parlamento (El Observador, 16-5-1994). En este marco, la militancia de la UTAA debió hacer frente a dos problemas cruciales: el rumbo que a mediados de la década había tomado la reconversión y el espacio que había quedado para la demanda particular (el desempleo) el planteo del conflicto como cuestión social, de implicancia nacional.

Si al principio el Mercosur fue pensado como una excusa que reflejaba intereses de clase contrapuestos ahora, su definición como peligro o amenaza, hacía posible ampliar el espectro del conflicto incluyendo a los pequeños productores endeudados como pares en la gestión. Éstos, los pequeños productores convertidos en peludos, además permitían cuestionar las noticias que, o ya no los ubicaban en el centro de la contienda, o bien reclamaban la necesidad de acelerar

la reconversión para evitar la emigración y revertir la tasa de desocupación.

Paradójicamente, el reingreso de los peludos en esta trama, más que su movilización social y política licuada en la acción conjunta pero jerárquica de la Intersectorial, dependió en buena medida de la acción del Estado. Específicamente, del decreto del Ministerio de Salud que en enero de 1996 declaró a Bella Unión como zona epidémica. Los 90 casos de hepatitis constatados en los pueblos de peludos, barrios periféricos y carenciados (El Observador, 9-1-1996) fueron el nexo que ligó la crisis de la agroindustria con una de sus consecuencias más crudas: la pobreza y la marginalidad (La República, 10-1-1996). Esta relación causal, que describió a los peludos como los sectores más vulnerables, los regresó al centro del conflicto. A partir de allí, los peludos de la UTAA, arbitraron sus intervenciones para demandar, en el caldero de los derechos y la ciudadanía, asistencia por parte del Estado; pero también la necesidad de sentar las bases de una reforma agraria en serio (La Juventud, 23-7-1996). Tal vez, por esta razón, los peludos recuerden este conflicto como indicamos al comienzo de este acápite, como un momento en el que, ante la amenaza del Mercosur, todo Bella Unión se unió como nunca antes. Solo que esta “unidad”, que significó la visibilidad de la carencia (para gestionar agua potable o una sala de atención de la salud) fue posible y les demandó, más que la resignación de sus lecturas en el “lenguaje de la clase”, su conversión e integración, en los distintos sentidos para estos términos que hemos visto hasta aquí.



Peludo

APRENDIENDO A SER EXCLUIDOS: ÚLTIMAS MOVILIZACIONES EN DEFENSA DE LA AGROINDUSTRIA AZUCARERA

Para principios del 2000, contaban mis interlocutores, en Bella Unión estaban pasando todos los males juntos. La crisis de la agroindustria azucarera y la adecuación al Arancel Externo Común establecido para fines del año 2000 fue parte de una serie mayor de situaciones sumamente críticas que van desde los efectos de la devaluación del Real en 1999 a las inundaciones estivales y las sequías invernales. Sin duda se trata del período que la militancia más joven de la UTAA, aquella incorporada al sindicato luego de la dictadura, registra con mayor crudeza. La venta de las pocas pertenencias que tenían, la partida de Bella Unión de los hombres en búsqueda de trabajo y el empleo de las mujeres en el servicio doméstico a cambio de alimentos, son algunas de las

situaciones contempladas para sostener, como decía el ex presidente de la UTAA, que el peludo desaparecía para siempre. Esta afirmación, que en principio refiere a la drástica disminución de los puestos de trabajo en el corte, también incluía el debilitamiento de la UTAA como espacio desde el cual enunciar demandas y participar en la gestión de la crisis de la agroindustria que había llegado a su punto máximo de tensión.

A fines de 2000, el presidente Jorge Batlle anunció el fin del subsidio para el azúcar argumentando que el país llevaba años sosteniendo una industria artificial que trasladaba a los consumidores el costo de su manutención. Defensor a ultranza de la integración del país al mercado internacional, Batlle planteó el problema del azúcar bajo la lógica de la competitividad, indicando que no tiene sentido que el Uruguay produzca azúcar si Brasil la produce más barato (El País, 2-12-2000) y

propuso como alternativa la ampliación de los fondos destinados a la reconversión del sector. Estas declaraciones y el vencimiento de los plazos hicieron que la comisión directiva de la CALNU se sume a la Intersectorial que, en el mes de agosto, llevó a cabo una de las movilizaciones en la ciudad más importantes del período: entre 4.000 y 6.000 personas, bajo la consigna por la vida y el trabajo en Bella Unión, se concentraron en la plaza local para solicitar la extensión por 10 años de la protección a la agroindustria. Esta marcha, que vino a nutrir y visibilizar un fuerte sentido comunitario como bastión desde el que enfrentar una política estatal asociada al pulso del mercado, contó con la presencia y el apoyo de legisladores del Partido Nacional y del Frente Amplio, cuyas propuestas para el sector eran la continuidad de la política proteccionista.⁷

La crisis de la agroindustria azucarera y la movilización de la Intersectorial funcionaron entonces como resortes de una oposición que buscó realinear fuerzas luego de las últimas y reñidas elecciones presidenciales, presentando a Batlle como el enemigo número uno del azúcar nacional (Mate Amargo, 22-11-2001) y destacando la unidad de los distintos sectores de Bella Unión. Sin embargo, tales lecturas de la unidad local fueron parte de las tensiones que jaquearon a los militantes de la UTAA para quienes la defensa de la agroindustria azucarera no resolvía fácilmente -o al menos no del modo en que lo planteaba la prensa y la dirigencia política-, sus propias diferencias con los patrones y los tra-

bajadores de CALNU, portavoces públicos del conflicto. Al menos desde los años sesenta, para la militancia de la UTAA, tanto los productores azucareros como los trabajadores industriales del ingenio representan los márgenes de adscripción e identificación que organizan sus interacciones sociales y políticas. Mientras los primeros son descritos claramente como burgueses y explotadores, los segundos, aunque considerados trabajadores, son indicativos de un estilo de vida sumamente distinto del propio.⁸

Si para la Intersectorial subrayar la unidad del norte (como sinónimo de la unidad de un pueblo que lucha por su subsistencia) fue el camino para colocar el conflicto en la agenda de la dirigencia política nacional, esto mismo fue lo que puso en tensión a la trayectoria histórica del sindicato. Dos posiciones se derivaron de ello: mientras algunos sostuvieron que la UTAA sobrevivió a la dictadura porque se comprometió con su clase, por lo que consideraban que este era el momento de demostrar que el peludo estaba más vivo que nunca, sin la necesidad de andar de la manito de los que siempre nos cayeron duro y nos hambrearon, otros apelaron a estos mismos argumentos para indicar que, dadas las circunstancias, somos más que nada un grupo de militantes sociales [que] peleamos por toda la gente que va quedando excluida del sistema. Ambos posicionamientos mostraron que, para la militancia de la UTAA, peludo y excluido no eran fácilmente sinónimos, pues se trataba del empleo de dos lenguajes diferentes que, a su vez, respondían a formas

⁷ El PN apuntó la crítica situación como producto de la deslealtad comercial de Argentina y del Brasil, que había devaluado su moneda de forma inconsulta (El País, 13-11-2000 y Últimas Noticias, 1-12-2001). Para la dirigencia frenteamplista se trató de un claro ejemplo de los efectos negativos de la globalización (Búsqueda, 24-8-2000) que terminaron por hacer del Mercosur la integración de la política neoliberal (La República, 6-10-2000).

⁸ Esto es parte de una serie de acusaciones cruzadas directamente vinculadas a la cadena productiva que implica la agroindustria azucarera y que, generalmente, queda expuesta en ocasiones en que alguno de los sindicatos, la UTAA o el SOCA que reúne a los obreros del ingenio, tomó la decisión unilateral de realizar una huelga.

diferenciales de interactuar con quienes formaban parte de este conflicto que asociaba la defensa de la industria azucarera con la soberanía nacional y, a ésta, con el lugar que el Uruguay debería ocupar en el concierto regional y mundial, superando así los intereses de clase privilegiados por algunos militantes del sindicato.

Fue en el marco de esta diferencia de criterios que algunos militantes de la UTAA se retiraron de la Intersectorial, aunque otros continuaron participando de sus movilizaciones. Para los primeros la retirada fue parte de una estrategia a largo plazo que esperaba que el reordenamiento político de los actores demuestre quién es quién en este pueblo. La mesura y la cautela caracterizó su acción, manteniéndose en los límites de la visibilidad que otorgaba el conflicto, solo a condición de ser parte de la ficción de “unidad local” que algunos de sus integrantes pensaban como desclasamiento o como traición. Cuidar el cartel de peludo, como sinónimo de cuidar la trayectoria sindical situándose en los márgenes del conflicto, implicó una serie de realineamientos políticos que, sumados a los efectos de la crisis de 2002, allanaron el camino para la consolidación del Frente Amplio como alternativa política y electoral. A esta lectura se sumaron los peludos de la UTAA para ser la imagen –pero no necesariamente la voz– de las consecuencias sociales del conflicto azucarero. Tal posición habilitó la posibilidad de ser reconocidos como excluidos, una representación que vino a señalar una ruta de acceso a la “sociedad política” (Chatterjee, 2007) como parte de un aprendizaje mucho más amplio que incluyó la posibilidad de pensarse y actuar en y desde la exclusión.

BIBLIOGRAFÍA

- Chatterjee, P. (2007). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: IEP- CLACSO- SEPHIS.
- Correa Alsina, F. (1995). *Mercosur y reconversión: el caso de CALNU*. Departamento de Ingeniería Industrial, Universidad de Chile. *Disertación de Maestría*.
- Díaz Estéves, P. (2009). *Sociología de las ocupaciones de tierra. Acción colectiva de los trabajadores rurales de Artigas. Uruguay 2005-2007*. Montevideo: Nuestra América – Nordan.
- Duarte, L. F. (1986). *Da vida nervosa nas classes trabalhadoras urbanas*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Grimson, A. (2000). *¿Fronteras políticas versus fronteras culturales? y “El punte que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad*. En: Alejandro Grimson. *Fronteras, naciones e Identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: Ciccus – La Crujía.
- Jelín, E. (2001). *Los rostros del Mercosur. El difícil camino de lo comercial a lo societal*. Jerónimo de Sierra: CLACSO.
- Merenson, S. (2010). *A mi me llaman peludo. Cultura política y nación en los márgenes del Uruguay*. Programa de Posgrado en Ciencias Sociales, IDES/UNGS. *Disertación doctoral*.
- Segato, R. (2007). *La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de política de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Semán, P. (2006). *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires: Gorla.
- Sigaud, L. (2004). “*Armadilhas da honra e do perdão: usos sociais do direito na mata pernambucana*”. *Mana*, 10, (1), 131-163.